Globethics Repository



El Papa que desean los teólogos [Pope wishing theologians]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Urbina, Fernando
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-11 20:39:08
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/223646

EL PAPA QUE DESEAN LOS TEOLOGOS

En menos de dos meses, dos cónclaves. Dos papas nuevos. Es natural que esta excepcional circunstancia haya hecho reflexionar y expresarse a los teólogos sobre las condiciones que debe revestir un papa hoy, sobre el modo de su elección y sobre las características de su función.

En esta sección recogemos hoy tres documentos. Los dos primeros, escritos durante la primera sede vacante por dos grupos de teólogos. El documento de Rahner y Metz es contestación velada a la carta de los otros teólogos, que no quisieron firmar por considerar que se dibujaba en ella la figura de un papa demasiado "ilustrado" y europeo.

Tras estas dos cartas vino la elección de Juan Pablo I, su corto pontificado y el trallazo de su muerte. Y de nuevo estamos, al cerrar el número, en vísperas de un cónclave. La preocupación que para muchos cristianos y teólogos representa este momento se refleja en el texto, tenso y tormentoso, de Fernando Urbina, que está a punto de aparecer en *Pastoral Misionera.*

IGLESIA VIVA, que está preparando un número sobre el Magisterio de la Iglesia, espera poder hacer su propia reflexión teológica sobre estos acontecimientos y ofrece estos documentos como un avance de las ideas y preocupaciones reinantes en el panorama teológico actual.

I. EL PAPA QUE DESEAMOS

Una reflexión de católicos sobre la elección del Papa

Sin duda se ejercerán presiones sobre el cónclave, el cual deberá conservar toda su libertad. Pero su mismo reglamento (núm. 85) reconoce que la elección del Papa no debe ser "algo extraño al pueblo de Dios, reservado solamente al colegio de los electores, sino una acción de toda la Iglesia". Evidentemente, por medio de la oración, pero también mediante la expresión leal y confiada de los sentimientos. Con este espíritu y respetando la total libertad del cónclave, católicos, laicos y clérigos han firmado este documento. La dispersión de las vacaciones hace que esperemos la firma de otras personalidades.

El mundo está dividido: En bloques hostiles de potencias y de sistemas políticos, en razas y clases desgarradas, en ideologías y religiones diversas. La cristiandad, por su parte, también está dividida: en diversas iglesias y sectas, confesiones y denominaciones. La Iglesia católica, en tanto que Iglesia mundial y numéricamente la mayor, podría, si se mantuviera unánime, prestar un servicio considerable a este turbado mundo. Ella podría contribuir concretamente a desactivar y a suavizar las oposiciones y las tensiones en la cristiandad y a hacer posible que todos los hombres puedan llevar, en medio de todos los conflictos y todos los peligros, una vida más humana.

En la Iglesia católica el Papa tiene un papel decisivo. No es indiferente para la Iglesia católica, para la cristiandad y también para el mundo saber qué persona ejercerá hoy y mañana este cometido. Nosotros deseamos, por interés respecto a la Iglesia y para bien de los hombres, convertirnos en portavoces de muchos de aquellos que, tanto dentro de la Iglesia y fuera de ella, desean tener un buen Papa: ¡Un Papa, sobre todo, que contribuya a eliminar las oposiciones y los conflictos que han aparecido incluso en la Iglesia postconciliar, un Papa de la reconciliación!

¡Para semejante cometido sólo el mejor puede ser bueno! El Papa de este tiempo debería ser:

Un hombre abierto al mundo

Nosotros le vemos conocedor del mundo tal como es con sus cumbres y sus abismos, con sus esplendores y con sus miserias, capaz de decir sí sin reticencias a todo el bien que en él se encuentre.

Nosotros le vemos, con todo el respeto por el pasado y por la tradición, totalmente inserto en la Iglesia y la sociedad de hoy, abierto a los signos de los tiempos y a la mentalidad tan nueva de los hombres.

Sería deseable que tome en serio y con un espíritu crítico los logros de la ciencia actual; que abandone el estilo arcaizante y superado de la Curia; que hable de forma inteligible el lenguaje de los hombres de hoy. Que a pesar de sus limitaciones irradie una auténtica humanidad.

Un jefe espiritual

Nosotros le vemos salir con confianza al encuentro del hombre dentro y fuera de la Iglesia a fin de en-

contrar por su parte la confianza. Que posea coraje para infundir a los demás hombres, en lugar de advertirlos solamente y de censurarlos.

Que no sea autoritario, pero que tenga autoridad. Lo que necesita para su ministerio no es solamente una autoridad formal, jurídica, institucional, sino también personal, real y carismática.

Lo vemos (conforme al estilo de un dirigente de nuestro tiempo) ampliamente abierto y prudente a la vez; no decretando únicamente, sino explicando sus razones, mandando menos que animando, evitando decisiones tomadas en solitario, practicando en cambio el diálogo y el acuerdo, siendo en todo el garante de la libertad en la Iglesia.

Un pastor auténtico

El es, en primer lugar, obispo de Roma. Pero, como pastor universal, lo vemos no tanto como administrador apostólico o secretario general, jurista eclesiástico, diplomático o burócrata, sino principalmente como pastor comprometido en el servicio de los hombres, cual uno que no quiere dominar, sino ayudar.

Lo vemos lejos de todo culto de la personalidad, con bondad y sencillez, abierto a todas las angustias de los hombres en su necesidad de fe, de esperanza y de amor.

Que, en los problemas de la vida y de la muerte, del bien y del mal, e igualmente de la sexualidad humana, imparta, sin angustia, normas positivas más bien que prohibiciones.

Es deseable que no sea un defensor doctrinario de los viejos bastiones, sino más bien —respetando plenamente la continuidad de la Iglesia en su vida y en su tradición— un campeón lleno de celo pastoral para la renovación de la predicación y la práctica de la Iglesia.

Ser obispo en la colegialidad

Lo vemos aceptando que el Sínodo de los obispos tenga voz decisiva en lugar de reducirse a un órgano consultivo, y otorgando a las Conferencias episcopales, así como a los Consejos diocesanos, competencias concretas.

Lo vemos renunciar al centralismo, continuar orientando el papel de los nuncios en un sentido pastoral, renovar la Curia no solamente desde el punto de vista de la organización exterior, sino en el espíritu del Evangelio.

Lo vemos admitir en los puestos de dirección no solamente a diversas nacionalidades, sino también a diversas mentalidades, no solamente a viejos, sino también a jóvenes; no solamente a hombres, sino también a mujeres.

Deberá estar perfectamente al corriente del tema de los logros nuevos en teología y facilitar en los órganos de la Curia una presencia de las tendencias nuevas de aquélla y no solamente las de una teología tradicional.

Un mediador ecuménico

Lo vemos comprender el ministerio de Pedro, que posee, ejercido en un sentido decididamente evangélico y como una primacía de servicio preocupado por la libertad cristiana.

Que dé ejemplo de una disponibilidad para un cambio cristiano, dispuesto a eliminar los obstáculos disciplinares y dogmáticos, en la medida en que sujetan a Roma, y a favorecer la colaboración con el Consejo ecuménico de las Iglesias.

Deberá tomar en serio nuestro parentesco espiritual con los judíos; deberá activar lo que nos es común con el Islam y buscar el diálogo con las religiones mundiales.

Un cristiano auténtico

No tiene por qué ser un santo ni un genio; puede tener también sus limitaciones y sus faltas. Pero deberá ser, en el verdadero sentido de la palabra, un cristiano; orientado en su pensamiento, en su palabra y en su acción por el Evangelio de Jesucristo como norma decisiva.

Lo vemos anunciar el Evangelio con convencimiento, fundado en una fe cierta y probada, y en una esperanza inquebrantable.

Deseamos que presida esta Iglesia con serenidad, paciencia y confianza; esta Iglesia que no es un aparato burocrático ni una empresa de negocios, ni un partido político, sino la gran comunidad de los creyentes.

Deberá comprometerse, en tanto que autoridad moral, con realismo, pasión y sentido de la medida, no sólo por los intereses de la institución, sino también para que el mensaje cristiano se realice. Que considere como su obligación particular el compromiso por los oprimidos y por los pobres.

Como católicos, nos dirigimos a todos los cardenales. Deseamos que, reunidos en cónclave, discutan los criterios que acabamos de expresar incluso antes de nombrar los candidatos posibles y que hagan de estos criterios la regla de su decisión a fin de que elijan el mejor candidato, ¡de la nación que sea! Ellos deciden sobre el futuro de la Iglesia católica.

Primeras firmas: G. ALBERIGO, M.-D. CHENU, Y. CONGAR, CL. GEFFRE, A. GREELY (USA), N. GREINACHER, J. GROOTAERS, G. GUTIERREZ (Perú), G. HOURDIN, M. KLOMPE (antiguo ministro, N. L.), H. KUNG, E. SCHILLEBEECKX, A. VAN DE BOOGAARD, A. VANISTENDAEL (Justicia y Paz)

("La Croix" 17-8-78; original francés; traducción de ECCLESIA)

II. POR UN PAPA DE LOS POBRES Y OPRIMIDOS DE ESTE MUNDO

Carta abierta a los cardenales alemanes

Muy estimados señores cardenales:

Con sus colegas cardenales de todo el mundo van ustedes a elegir en estos días un nuevo Papa para nuestra Iglesia. Gran cantidad de aspectos y criterios van a determinar en esta elección su imagen de lo que tiene que ser un Papa. Nosotros nos permitimos aportarles el deseo urgente con relación a la figura del Papa futuro. Este deseo es conscientemente unilateral y apunta a una cualidad del Papa que a nuestros ojos de forma inaplazable es exigida en esta hora. El futuro Papa de nuestra Iglesia debe ser un Papa de los pobres y de los oprimidos de este mundo.

Más que ninguna otra institución, el papado ha de ser visto y juzgado con criterios tan amplios como el mundo. Y sin embargo, el eurocentrismo eclesiástico y la ideología occidental desfiguran con demasiada frecuencia la mirada sobre un mundo que está desgarrado por contradicciones profundas. Contradicciones entre el pobre y el rico, entre los dominadores y dominados que le amenazan hasta lo abismal. Estrategias puramente políticas y económicas para atenuar estas diferencias, fracasan. Apenas sí logran ocultar las diferentes situaciones e intereses que no pueden llegar a un compromiso. Cada vez son más los hombres aquí y allí que sienten el peligro de un apocalipsis social. Eso hace a los unos desconcertados y apáticos, y hace que los otros se encastillen en una actitud de defensa y de seguridad interior.

La Iglesia y con ella toda la cristiandad ante una situación así se ve llamada y siente el reto de esta situación de forma histórica mundial. Ella puede quizá todavía movilizar aquellas reservas que son imprescindibles para una superación no catastrófica de las lamentables contradicciones de nuestro mundo.

El Papa futuro de nuestra Iglesia tiene que ser, y no sólo de forma simbólica, un Papa de los pobres y oprimidos de este mundo. No un Papa mundano, un Papa ilustrado burgués. No un Papa que asegure el *statu quo* intraeclesial. Tampoco un Papa tapa agujeros social. Su partidismo por los pobres y oprimidos sería expresión del seguimiento de Jesús para el que los agobiados eran los privilegiados. Un Papa así llevaría el programa de la santidad cristiana y del amor decidido a los hermanos más pequeños el programa de la oración y de la lucha, llevaría de nuevo ese programa a un contexto práctico y podría hacer visible algo de la fuerza política de una solidaridad libre de odios hasta la locura de la cruz.

Un Papa de los pobres y oprimidos de este mundo es precisamente por serlo, un Papa para nosotros, para los cristianos de los países ricos de la tierra. Para nosotros precisamente llegaría a ser un escándalo fructuoso, un líder de esa conversión, de esa revisión de nuestras propias prioridades vitales, de nuestra renuncia al bienestar sin la que no puede llegar a haber una verdadera comunidad de mesa entre los pobres y los ricos.

Precisamente ustedes, los cardenales alemanes, como representantes de uno de los países más ricos económicamente, deberían tener en cuenta es-

pecialmente este criterio para la elección de un Papa. Y a ser posible, nos parece defenderlo públicamente entre los cardenales.

Con esta iniciativa nuestra, quisiéramos animar también a los cristianos de base a discutir sus ideas personales sobre el futuro Papa y también a que quizá se las presenten a ustedes.

Con saludos cordiales. Suyos.

KARL RAHNER
y JOHANN BAPTIST METZ

III. LA MUERTE DEL PAPA:

SIGNOS OSCUROS, GRAVES INTERROGANTES

I

Ha sido un hecho desconcertante y cargado de signos. Como cifras apocalípticas dibujadas por un dedo trascendente sobre el muro barroco de un salón del Vaticano.

Las primeras respuestas periodísticas, entrevistas a reyes, presidentes y obispos no pasan del género retórico (¿qué otra cosa podían decir?). Es una excepción el encontrarse con las agudas y valientes palabras de Koenig en Finlandia ("Informaciones" 30-IX-78): "La muerte repentina del Papa deberá servir de advertencia acerca de la sobrecarga física y psíquica a que está sometido un Papa y como aviso para que en el futuro se disminuyan las cargas que pesan sobre un pontificado". Creo que estas breves y profundas palabras apuntan a algunos de los interrogantes sobre los que quisiéramos reflexionar un momento.

Dicen que los cardenales están desconcertados. La cosa no es para menos. La prensa (pienso como caso típico en el "A B C") se desharía en lenguas sobre la rapidez y el acierto de la elección: "...Los cardenales, al llegar a una unanimidad tan rápida e inesperada, sintieron un calor, un entusiasmo, un gozo inmenso: era clarísima la acción del Espíritu Santo." Entonces, ¿qué? ¿Ha cambiado de opinión en un mes? ¿O el Padre Eterno no le dio el visto bueno?

Es natural que haya ahora un proceso de desmitificación en marcha. Así "Le Soir", cotidiano de Bruselas (serio, de tendencia moderada-derecha), dice: "A pesar de declaraciones en contra, resulta ya evidente que hubo contactos oficiales y organizados, instigaciones, incluso campañas a favor de la elección del Patriarca de Venecia. El papel central en todo esto lo ha jugado el arzobispo-cardenal de Florencia, el cardenal Benelli" ("Le Soir" 30-IX-78).

Ahora la grave alternativa que se les presenta a la conciencia de los cardenales es doble: De un lado, salirse por la tangente con un supertrascendentalismo ("los caminos de Dios son incomprensibles"), lo que equivale en el fondo a desvincular definitivamente toda referencia "real" al Espíritu y vaciar el acto de elección papal de todo sentido que trascienda el simple acto de elección a presidente del Consejo de Administración de un Banco.

La otra alternativa, si seguimos con esa "teología del Espíritu", tiene un resultado claro. De una forma siempre misteriosa, ciertamente, este "oscuro signo" tiene un sentido negativo, de puesta en guardia: "El Espíritu ha dicho ¡no!, ¡cuidado!, ¡alto ahí!, ¡cambiad las agujas cuando aún es tiempo."

La frase de Koenig es reveladora porque este hecho ha "des-velado" los tremendos interrogantes que, desde simples creyentes serios de base a teólogos competentes, se han hecho sobre la extraña forma de elección del Papa Luciani. Inquietudes e interrogantes que el extraño acontecimiento de su rápida muerte ha des-velado a plena luz. Y que de alguna manera cuestionan no sólo el proceso de la elección, sino la estructura misma del pontificado.

II

Primer interrogante: El grupo de electores podría más o menos describirse así. Un tercio de personas profundamente evangélicas, comprometidas a continuar la renovación urgente de la Iglesia iniciada por el Vaticano II, cercanas a la Iglesia de los pobres y al Tercer Mundo... Mas un tercio de personas moderadamente abiertas, pero decididas a proseguir la transformación iniciada por el Vaticano II y paralizada por los últimos años de Pablo VI... *¿Cómo es posible que esta clara mayoría haya sido en tan rápido tiempo avasallada por el tercer grupo (minoritario)* conservador, lleno de recelos ante la continuación del proceso renovador iniciado por el Vaticano?

Grupo conservador decidido al parón y marcha atrás, nueva insistencia en el juridismo eclesiástico, en un espiritualismo barroco de evasión, rechazo del diálogo profundo y urgente con el mundo moderno —por ejemplo, la condenación de los creyentes en el socialismo—. Pero este grupo minoritario contenía el poderoso bloque curialesco (con alguna excepción dentro de él, como Pironio y algún otro) y el hábil Benelli, artífice de la "combinazzione" que metió en el saco a la mayoría (1).

Segundo interrogante: *¿Pero cómo se han dejado manejar como corderitos?*

Hay hoy más libertad entre nosotros, gente de la base, y nuestros obispos y cardenales, que entre "ellos" y la Curia. ¡Cualquier día nos obligan los obispos a una "asamblea de curas" para decidir un asunto urgente y grave, con la condición de encerrarnos a cal y canto —en pleno verano abrasador—, en un espacio cerrado y siniestro, donde falta el aire fresco y el horizonte!

Las palabras de Tarancón nos describieron las celdas agobiantes, las ventanas cerradas y selladas, sin servicios (uno para no sé cuántas celdas), con un calor asfixiante... Y en estas condiciones verdaderamente patológicas, ¡a reflexionar con calma sobre el problema más grave de la Iglesia! Es natural que a las veinticuatro horas no aguantaran más y echaran la toalla —a no ser que todo estuviera ya cocido antes de entrar—...

Tercer interrogante: "*Duc in altum*". Estos primeros interrogantes nos llevan a cuestionamientos mucho más graves, implícitos en el citado texto de Koenig. ¿Cómo es posible que a estas alturas de la Historia, en pleno mundo moderno, la sociedad más vasta del Universo —pero cuya *esencia es comunitaria* y no vertical-dominante— siga con un procedimiento de elección de su presidente tan absurdo y anacrónico?

Y no me refiero ya a la *forma grotesca del encierro secreto* (interrogante segundo), sino al fondo de la cuestión.

Se trata del *clásico sistema de cooptación en un grupo cerrado de poder* —típico hoy, por ejemplo, del Kremlin o de los "despotismos asiáticos"—: el Poder Absoluto, que es el del Papa, nombra arbitrariamente a "*sus*" *electores que le vuelven a nombrar a él.* Es un círculo perfecto de poder por cooptación en un grupo cerrado. Una de las gravísimas responsabilidades que el pobre Pablo VI se llevó a la tumba es que no cortó por lo sano de ese sistema despótico-anacrónico, y no volvió al sistema de la Iglesia evangélica de los primeros siglos: que al menos los electores fueran los presidentes de las Conferencias

(1) Estos datos han sido repetidos por publicaciones serias: *Neewsweek, Corriere della Sera, El País*... Es curioso que en el grupo 1.º, el más abierto y renovador, aparezca Tarancón, y en el 2.º, moderadamente abierto, claramente conciliar, anticurialesco, Jubany y Bueno Monreal.

episcopales, representantes más directos del pueblo de Dios.

El nuevo Papa tendrá que hacerlo. Es urgente. No lo hará si vuelven a triunfar las "combinazzioni" del grupo minoritario conservador presidido por Benelli.

Cuarto interrogante: Y aquí es donde carga toda la fuerza del texto de Koenig. ¿Cómo es posible que a estas alturas de la Historia una sociedad que se pretende comunitaria siga gobernada por la forma más infinitamente absoluta, acumulativa, autocrática de poder?

El Papa tiene un poder teóricamente ilimitado y absolutamente directo sobre todos y cada uno de los fieles. Es el vértice faraónico de una acumulación teóricamente ilimitada de poder en la Iglesia. La Iglesia es la única sociedad moderna que *no puede tener, por principio, ningún instrumento legal de autodefensa ante el poder supremo, o de limitación jurídica de la voluntad ilimitada de su jefe.*

Los textos del Vaticano I, leídos serenamente por una mentalidad moderna, siguen siendo inexplicables. Esa insistencia: el poder definitorio del Papa es "ex sese, non autem ex consensu Ecclesiae" (Denzinger, 3074). ¿Cómo enchufar eso con la colegialidad? No ha sido posible: ahí tenemos el desinflamiento de los sínodos.

El poder del Papa alcanza directamente a todos los fieles, es decir, se puede saltar directamente todas las instituciones locales intermedias: "...su potestad es ordinaria e inmediata sobre todas y cada una de las Iglesias y sobre todos y cada uno de los pastores y fieles" (Denzinger, 3064). Es decir, que si quiere puede destituir directamente al coadjutor de Mataporquera de Arriba.

Naturalmente, lo que viene a decir Koenig es que "esa estructura" es prácticamente imposible. *En el orden subjetivo*: no hay en el mundo persona capaz de asumir realmente el peso intolerable de esa carga teóricamente ilimitada. Y quedan en consecuencia estas soluciones: a) marcharse por el foro (Celestino V, Juan Pablo I); b) intentar el papel de superhombre (Pío XII, "pastor angelicus"); c) apoyarse en un aparato burocrático cada vez más complejo y omnipotente —de aquí los interesantes parecidos formales entre la estructura del Kremlin y la del Vaticano— (Pablo VI). Pero esta solución es profundamente peligrosa, y radicalmente contraria a la misma esencia del Pueblo de Dios.

Objetivamente el poder del Papa es tal que hoy por hoy puedes abrir o cerrar la posibilidad de que siga el proceso renovador del Vaticano II. Y por eso la elección del Papa Luciani estaba tan potencialmente cargada de enormes peligros. Respetemos su muerte tan patética: nos ha dejado su sonrisa y su sencillez; todo tan bello como una estampa de Giotto. Pero más allá de gestos y sentimentalismos estaba latente el enorme peligro de un "párroco espiritualista" y de convicciones conservadoras, y a esa edad no se cambia. Por eso lo impuso la minoría curialesca, conservadora y benelliana. Y podría haber resultado un nuevo San Pío X. Hoy tenemos que reconocer el inmenso destrozo que el buenísimo Pío X dejó en una Iglesia cuya teología paralizada, arrasada, no pudo soportar el diálogo misionero con el mundo moderno. Pío X es responsable también, en última instancia, de las dificultades actuales. El Vaticano II llegó demasiado tarde, teniendo que dar un salto mortal por encima de un desierto de cincuenta años decisivos (2).

(2) Es cierto que —Pío X— subvencionó *'La Sapiniere'*, la famosa sociedad secreta ultraintegrista, cuyo efecto fue devastador, creando un clima de auténtico terrorismo intelectual. No sólo conoció, sino aprobó y animó, la actividad de su fundador, que le informaba diariamente por intermedio de Mr. Bressan. Por tanto —el Papa—, cubría personalmente un cierto tipo de policía se-

El Papa que venga, si quiere hacer posible que la Iglesia vuelva a ser misionera, tendrá que meterle mano al gravísimo problema de la estructura misma del papado y del empalme entre los datos contradictorios del Vaticano I (Papa autócrata absoluto) y del Vaticano II (presidente de la Colegialidad episcopal y del pueblo de Dios).

Conclusión.

Por eso a nuestros cardenales les diríamos con libertad cristiana (¡ay!, pero ¿puede una lejana voz de la base llegar a esas alturas heladas e infinitamente distantes del pueblo?): Tomad en serio ese signo oscuro y tremendo dibujado en los muros barrocos del Vaticano por el dedo del Espíritu. Por la prensa nos hemos enterado de dos nuevos peligros que surgen en el horizonte. Son rumores de periodistas romanos, pero que apuntan claramente a fuentes bien precisas:

— Se está diciendo que esta vez sí que va a ser todo rapidísimo, porque el "trabajo" (es decir, el ponerse de acuerdo en los criterios) ya está hecho. Y ahora a buscar "otro Luciani" o conservador espiritualista, aunque no tenga la simpatía del anterior. Creo que el signo ha sido lo suficientemente fuerte para comprender que "por ahí no", y que ahora hará falta una reflexión más seria que tome conciencia de la gravísima hora crucial de una Iglesia que *debe aún* desarrollar el Vaticano II, y que *debe abrirse* y comprometerse con el mundo.

— Se está diciendo también que los cardenales reconocerán que la equivocación ha sido el elegir una persona que, por no ser de la Curia romana, se asustó ante la enorme complicación de esa máquina burocrática. Creo que es otra trampa de la astucia romana. *Mientras no llegue un Papa que cambie definitivamente la estructura de ese superpoder* y lo reduzca a lo que debía ser por esencia teológica (el Obispo de Roma, naturalmente italiano, pero sencillo coordinador en la caridad del Colegio Episcopal y de la Comunidad Universal, como signo de la unidad católica de la Iglesia)... Mientras no llegue eso, es menester que sea un hombre de altura y anchura universal, valiente, evangélico y abierto. No un espiritualista conservador y mediocre (como Pío X), sino un hombre de Dios capaz de comprometerse evangélicamente con el mundo.

¿Existe esa posibilidad? El papado de Pablo VI ha eliminado de hecho a esas personalidades que existían aun en tiempos del Vaticano II. Quedan, sin embargo, algunas: Willebrands, Koenig, Pellegrino, Lorscheider, Arms.

Quizá digan algunos cardenales que si se empeñan en elegir a un hombre de esa altura, un hombre de línea valientemente renovadora, estallará la división y el escándalo, porque los conservadores son minoritarios pero implacablemente duros... ¡Cedéis siempre vosotros, los abiertos y evangélicos!

Es la hora de la firmeza. No tengáis miedo al escándalo. Ya no existe. Es peor para vosotros —y para todos nosotros, los creyentes— esa fría indiferencia creciente con que os mira, como a extraños seres alejados y distantes, el verdadero pueblo inmenso de los pobres del mundo.

FERNANDO URBINA

creta eclesiástica que hoy nos parece difícilmente aceptable. Se ha llegado a hablar de la 'era estaliniana del Vaticano'" (*M. Trevor*). Tomado de *Nouvelle histoire de l'Eglise*, tomo 5, pág. 217, realizada bajo la dirección de R. Aubert, M. Knowles, L. Rogier, París, 1975. El texto hace referencia a los últimos descubrimientos, a partir de los archivos vaticanos, de las investigaciones del especialista tn la época del "modernismo" E. Poulat. ¡Imaginémonos una iglesia presidida por un autócrata muy espiritual, pero "ayudado por el Opus"! Y esto, *dada la estructura de la Iglesia, no es imposible.*